

ACERCA DEL IMBECIL QUE CREYO ESTAR FUERA DEL JUEGO

por Carlos Chimal
Facultad de Filosofía y Letras

— No hay leche hoy

Llegaban uno a uno o en pequeños grupos al lugar obligado, pues no debían hacerse notar tan pronto. Trataban de no acercarse demasiado, trataban de disimular la masa de gente que crecía mientras el sol pegaba menos duro que unas horas antes. Ya desde algún punto se notaban palos con mantas enrolladas y un enchamarrado con pantalón de mezclilla y huaraches, hacía indicaciones a un camión que sobre la avenida principal circulaba dejando asomar por sus ventanas varias cabezas de jóvenes despeinados y desfigurados por la creciente gritería. El ambiente fue haciéndose molesto y la gente: el señor que caminaba presuroso a ofrecer sus medicinas a siguiente médico en la lista; la secretaria con su diminuta falda que buscaba la entrada de Sanborn's para encontrar al novio; las colegialas coqueteando a través de las ventanillas, siempre sonrientes, siempre frescas; los autos con lobos adentro buscando la presa en cualquier banqueta; o la cola de diversos rostros perdidos en el aburrimiento, esperando la entrada al cine.

—¿Y por qué cree usted que no se hayan parado las vacas a ordeñar?

Salió entusiasmado de su casa pues ya había logrado que le levantaran el castigo, había logrado de nuevo su semana entera. Los 500 pesos los gastaría en seguida en cualquier boutique de onda. Para eso sudó y se desveló durante dos días estudiando y ahora lograría la enorme satisfacción de vestir a la moda: sería un ondero. El coche estaba afuera y se evitó la molesta acción de sacarlo del garage. Se dispuso a encender el motor, ya pensando en los pantalones, los sacos o camisas verdaderamente sensacionales. Sacó un cigarrillo y lo encendió exhalando pausadamente el humo, saboreándolo pues bastante trabajo le había costado robárselos a su padre. Una cajetilla inglesa que aquél tenía contada puesto que no iría a Europa en dos meses más. La primera velocidad y en seguida la segunda para mantener en tercera el acelerador, rebasando a los subdesarrollados VW y Datsun que inútilmente aumentaban su velocidad y debían conformarse con verlo pasar. El semáforo con la luz roja apenas lograba detenerlo, instantes que aprovechaba para lanzar furtivas miradas a las mujeres que aparecían por el parabrisas y decirles entre dientes su deseo de estar en su departamento o en la casa de él, siempre y cuando no estuvieran sus padres. De nuevo recorría las calles velozmente y aparecía en la gran avenida Insurgentes, poniendo a prueba toda su pericia esquivando autos y transeúntes, siguiendo en su contra las torpes indicaciones del agente de tránsito, y con el silbato en la boca pitaba y pitaba hasta tener toda la sangre en la cabeza, a punto de saltarle por la boca y oídos, a punto de botar los ojos de sus cavidades, moviendo las manos enérgicamente, de arriba hacia abajo, queriendo con ellas apresurar todos los autos y dejar la avenida desierta.

—Precisamente eso discutíamos cuando usted llegó. El sostiene que fue por falta de



incentivos y la mala administración de la confederación agrario-campesina; y yo creo que ellas simplemente no. . .

Diversos contingentes ya se agrupaban a lo largo de la ancha y bella avenida Reforma. Su presencia era más franca y trataban de organizarse, formando filas y cerrándose hasta donde fuera posible, entrelazando sus brazos. Los ciudadanos que circulaban frente a ellos ya notaban algo extraño y los veían interrogantes, luego volteaban y acercándose al oído de su acompañante murmuraban alejándose, con la mirada insistente. Todo continuaba normal; el intenso tráfico con sus neuróticos conductores y los demás elementos consuetudinarios que llenaban la atmósfera, haciéndola insoportable y cualquiera apostaría a que el ángel ya hubiera remontado el vuelo a no ser por su gran sentido patrio, al fin mexicano. Sin embargo, esa anormalidad no era igual a la anterior: se había transformado en una calma tensa, una como incertidumbre que tenía su origen algunas calles más adelante, aledañas a la avenida; pequeñas angustias uniformadas en azul, cascos con mascaretas, botas largas y fusiles con la bayoneta al frente, que unidas u ocultas tras compactos tanques blindados hacían desaparecer en cualquiera la saliva y sentir extrañas convulsiones, obligándolas a moverse nerviosamente. —Está bien, yo quiero tres litros de leche pasteurizada. Las razones salen sobrando cuando ya se hizo; además, no puede una vaca darse el lujo de no trabajar cuando miles de ciudadanos desayunan leche.

Tuvo que volver a dar la vuelta a la glorieta muy a su pesar y aunque si bien era cierto que circular por ahí era apasionante, igualmente, era molesto soportar a tanto inepto que no sabía disfrutarla. Tomó la salida de avenida Chapultepec y dio la vuelta en Orizaba para tomar después Puebla y ocupar hábilmente un reducido lugar. Bajó y se dispuso a caminar lentamente, sin prisa alguna y con la intención de revisar boutique por boutique. Esta ocasión no se precipitaría comprando el primer pantalón que viera en el aparador, modelado por un escultural maniquí. Necesitaba de toda su concentración y calma para lograr controlar ese ímpetu, ese indomable poder de compra. Al cabo de unos metros se encontraba cruzando la parte inferior de la glorieta y por un momento tuvo la impresión de que el carnaval había llegado a la ciudad: de bigotes grandes y zapatistas, de camisa de manta, de pantalón de mezclilla y huaraches, de cabellera afro. Todos ellos sentaditos en rampas de concreto viendo a los consumidores sorber despacito la malteada para seguir platicando con su respectiva invitada; todos ellos con las manos entre las piernas y la espalda encorvada, boquiabiertos y esporádicamente rascándose el sexo; todas ellas en diminutos cortos y de colores muy variados, buscando afanosamente diez pesos por su vagina o de perdida un toque; todos los demás bebiendo cerveza y oyendo a “Los Solitarios”. . . mi primer amor, ¡oh Dios! Mi único amor y por eso contigo casarme quiero. . . olvidando un poco las ventas y las deudas palmeando las piernas de las meseras; todos juntos contribuyendo a la grandeza nacional.

—Pero debería usted tomar en cuenta esas razones, puesto que los antecedentes que orillaron a las vacas. . . bueno, por lo menos no juzgue sin antes saber que ellas fueron. . .



Al fin los grupos se cerraron y dieron comienzo a la marcha: harían patente su descontento ante la Comisión Ruso-norteamericana para Asuntos Latinoamericanos, ubicada donde antes se hallaba la Embajada Estadunidense, por su constante y descarada intervención en las políticas nacionales y claro, México siempre tan neutral y respetuoso del derecho ajeno era la sede de tal oficina. Los bloques humanos avanzaban cada ocasión más claramente y a cada paso la sangre les hervía, estallándoles en un grito repulsivo para aquellos gigantes opresores. Sus rostros se deformaban y su vista fija en aquel edificio los hacía empujar fervientemente. Con las manos empuñadas, haciendo saltar las venas, resaltando los músculos tensos y llenándose la boca de por una Latinoamérica unida, de vivamos un socialismo práctico, de desechemos el acartonado comunismo soviético y el castrante imperialismo yanqui, de la libertad está en el compromiso poblaban la atmósfera y dejaban la avenida solitaria. Mientras más se acercaban, más furibundos eran los ataques y los reclamos. Podía notarse apenas algún rostro tímidamente asomado por los ventanales del edificio; podía verse a algún turista tomar fotos desde el balcón en su hotel; podía observarse cómo la masa azul se acercaba en sentido contrario mientras ellos paraban exactamente frente a la puerta y continuaban entonando gritos rítmicos, sin parecer importarles que aquellos tanques se desplazaran hacia ellos.

—Le repito que mis seis hijos y mi esposo tienen derecho a tomar leche esta mañana, puesto que mi marido trabaja en la Secretaría del Patrimonio Nacional y gana lo suficiente, paga a tiempo sus impuestos y nunca tira basura en el metro. Mis hijos van a la escuela y sepa usted que uno de ellos, el más grandecito, ya está en el Poli estudiando para ingeniero y deben estar alimentados como el mejor, comprenda mejor esto.

Había revisado la Sexta Dimensión, Chelsea y La República de Platón sin haber encontrado algo que satisficiera su ansia pop. Ahora reposaba en el Toulouse Lautrec bebiendo lentamente un té helado, pensando en camisas con olanes o playeras funkies o pantalones de cuero o chalecos con atrevidos dibujos o o zapatos de terciopelo azul, tratando de formarse un estilo definido que corresponda a los gustos de Lill. Sin embargo no podía concentrarse del todo pues provocadores cristales dejaban mirar, arriba del café, deliciosos muslos y en cambio ya sabía el color preferido de las mujeres en simpáticos y ardientes calzoncitos, terminó su bebida, depositó las correspondientes monedas en la mesa y salió dispuesto a escoger la ropa que causara sensación en toda la cuadra, en toda la colonia, en la fiesta de Jimmy el sábado. Dejó atrás el pasaje y se encaminó hacia las nuevas boutiques de Génova y Reforma.

—Yo la comprendo señora, pero también sepa que no sólo es usted y su familia los que necesitan esa leche para subsistir y continuar luchando diariamente; son miles de seres que buscan leche sin importarles que las vacas tengan problemas. Creen que cumpliendo mediocrementemente su trabajo, dándoles leche a sus hijos y fornicando en las noches con sus señoras ya lo demás no importa. ¡No comprenden que las vacas sencilla. . .!



Nadie se movía, pero ya no por desinterés, sino por la tremenda angustia de oír el rumor metálico de aquellos aparatos blindados; por el nerviosismo de sentir el incesante taconeo de aquellas duras botas; por el dolor y la rabia expresados en sangre al impactar las macanas en las cabezas, al incrustarse las puntas de acero en la carne, al oír un altoparlante decir... Retírense pacíficamente antes de que los desalojemos. No tienen permiso... correr desbocadamente hacia donde los muros azules no impiden el paso y algunos sólo cubrirse el sexo y formar una bola, esperando a que aquel gorila termine de saciar su hambre de carne magullada, de labios y pómulos amorfos.

— ¡Cuide su boca! Mi esposo es un santo. Va a misa todos los domingos y cuando tiene que quedarse a trabajar en la noche me avisa. Y ya creo que cumplimos cristianamente ocupándonos sólo de lo que nos incumbe. ¿Cree usted que nos vamos a estar metiendo en las vidas de toda la colonia? Ya es bastante con ver 24 horas todos los días para informarnos de la verdad en el mundo.

La confusión era general y las camionetas eran llenadas a fuerza de culatazos y patadas en el culo. Alguna jovencita, colgada en la espalda de un mastodonte de casco y escudo, gritaba y lo golpeaba llorando, tratando de evitar que se llevaran a su pinche marica greñudo revoltoso.

— Sí señora, pero no hay leche.

Mientras, los graciosos güeritos, en bermudas de florecitas verdes y amarillas, se daban vuelo fotografiando todo el chusco suceso. Desde ahí parecían hormiguitas golpeadas por hormigotas y ya habían tenido que bajar por más rollos pues la emoción subía cada vez más: era imperdonable no tomar película de aquel espectáculo.

— ¡No hay leche! ¿Y que mi dinero no vale? ¡Ah! Pero eso sí, a la vieja esa del 201 seguro que le vendió lo que quiso. Pero si es una cualquiera y ni casada está con ese greñudo, bola de degenerados.

De nuevo las carreras de algunos que habían logrado romper la cerca e internarse por las calles rosas: tropiezos, resbalones, la cara del hombre de las nieves azules y el agudo dolor en alguna parte para enseguida caer en el compartimiento trasero de un camión.

— Señora, hoy no tuvimos un solo litro.

Carrera, choque con un señor que sale del Normandie y macanazo en la espalda para perder el sentido y recuperarlo en la crujía móvil.

— ¡Váyase al carajo! Como si fuera la única lechería en la colonia y después de todo, para eso hay leche en polvo y más barata en el supermercado.

Trastabillar y entrar en un pequeño lugar de alfombra púrpura, luces sicodélicas y colgajos a más de 200 pesos. Disimular estar comprando junto con otro chavo que no se decide por aquel saco o esta playera y ver entrar a aquel hombre de facciones duras y deformadas por el plástico cubriendo su rostro, bajando del casco. Sentir la tosca mano en



su hombro y salir arrastrado, mientras otro orangután entra y saca de igual forma al otro joven indeciso. Oír sus gritos de sorpresa, de enojo, de indignación, de amenaza, de súplica y verse en la celda aquélla con ruedas. Sentirse impotente entre cuatro paredes de acero y sin saber realmente qué ha pasado. Preguntarse por qué tenía que pasarle a él, que no hacía ningún mal, que sólo buscaba divertirse y ser feliz, que únicamente iba a comprarse un poco de ropa cuic. Lamentarse por no saber dónde quedaron sus compras y tirar el pedazo de bolsa que tiene entre sus manos, confiando en que papi lo sacará de aquel infierno en que injustamente ha caído.

Las chancas, la bata clara y apenas cerrada, la olla desportillada y los tubos enrollados en el cabello fueron presurosos al establecimiento donde un carrito transportó las latas de leche, las latas de carne, las latas de sopa, las latas de postre, las latas de pescado y las llevó frente a una máquina contadora; pasándolas a su vez a una bolsa cargada por un gorrito, una blusa sucia desgarrada, unos pantalones diluidos y unos zapatos de plástico consumidos por el asfalto ardiendo, hasta la puerta del edificio. Entrar y subir tres pisos para encontrarse con una puerta de madera. Abierta ésta y topetearse con sillas, una alfombra enrollada, juguetes y el chillido ensordecedor de algún calzoncito con una camiseta llena de mocos y gerber en lata. Al fin dejar las bolsas sobre una silla dentro de una pequeña cocina y salir corriendo con un peso en la bolsa derecha porque la izquierda tiene un agujero tremendo que le costó ayer otro igual. Llegar al establecimiento de nueva cuenta, cargar pesados bultos por toda la mañana y en cuanto el jefe de personal hace sonar la chicharra para dar por terminada su labor, caminar apurado por las calles repletas de trajes, corbatas, faldas, pantalones, autos, bolsas, cosméticos. Librarse de llantas, rhines y alcanzar la esquina. Recorrer varias tiendas y sin perder un segundo, entrar al pequeño comercio.

—Buenos días, ¿tiene leche?

—No niño, hoy no hubo.

— ¡Ah! , las vacas por fin. . .

—Cállate, no ves que ya dieron aviso a la policía y la Secretaría de Agricultura y Ganadería junto con la Comisión Ruso-Norteamericana para Asuntos Latinoamericanos se encargarán del problema. No se puede hablar más acerca de las vacas y la leche; nunca más. Si quieres puedes ir al supermercado, ahí tienen enlatada y en polvo. Nunca más aquí.

Pavón 17 Chimal Mayode Carlos México 1973 Agustín D.F. García, etc.